

LA PALABRA QUE DA VIDA. REFLEXION ACERCA DE LA PALABRA DE DIOS COMO ESPACIO TEOLÓGICO Y EXISTENCIAL

*M^a Carmen Román Martínez**

1. Introducción¹

Recuerdo que hace poco había un anuncio en televisión que hacía alusión a distintos modos de hablar para anunciar una entidad bancaria, decía así: “hablar con la mirada, hablar de hombre a hombre, hablar por los codos, hablar en futuro, hablar en sueños...hables como hables, seas como seas, lo importante es que alguien te escuche. ¿Hablamos?”². Esto nos hace caer en la cuenta de dos cosas: en primer lugar, de la importancia del lenguaje, de la palabra para comunicarnos, hacernos oír y de sus múltiples modos de expresarse. En segundo lugar, de la necesidad de que alguien escuche para poder entrar en dialogo con la otra persona, de encontrar respuesta a las aspiraciones profundas del ser humano... ¿hablamos? apuntaba el anuncio.

No es tampoco una casualidad que el próximo Sínodo de los Obispos lleve por título: “la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”, después de la asamblea Sinodal del 2005 dedicada a la Eucaristía, ahora le suceda una sobre la Palabra: “El fin primordial del Sínodo es encontrar plenamente la Palabra de Dios en Jesucristo, presente en la Escritura y en la Eucaristía” (*Lineamenta* n.4)³

La historia de la Biblia es la historia de la Palabra de Dios dirigida a los hombres: “Dios que había hablado muchas veces ya en los tiempos antiguos y de diversas formas a nuestros padres por medio de los profetas, últimamente, en nuestros días, nos ha hablado por medio de su Hijo...” (Hb 1, 1-2). Dios se acerca al hombre a través de su Palabra, palabra que encuentra su eco en unos hombres y palabra que se hace presencia y voz en el Hijo.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento no hacen otra cosa que descubrirnos el itinerario de la palabra de Dios, la cual: crea el mundo (Gn1), llama a Abraham (Gn 12, 1s), libera al pueblo mediante la palabra dada a Moisés⁴ (Ex 3, 7s), es la misma Palabra de Dios la que reúne al pueblo en el Sinaí, le da la Ley, establece la Alianza. Esa voz es dirigida a los profetas de Israel (Os 1,1; Jer 1, 2 etc.), toma rostro humano en Jesús de Nazaret (Jn 1, 1-14) y se difunde, crece, da luz y vida a la Iglesia (Hch 6, 7; 12, 24; 19, 20). La comunidad cristiana nace por el anuncio y la acogida de la

* Profesora de Nuevo Testamento en la Facultad de Teología de Granada

¹ Ponencia de la VIII Jornadas de Teología en Santiago: “Romper el silencio sobre Dios”

² El video del anuncio puede verse en la página siguiente de Internet: <http://www.youtube.com/watch?>

³ El arzobispo Nikola Eterovic, secretario general del Sínodo de los Obispos, presentó el 24 de abril del 2007, en la Oficina de Prensa de la Santa Sede los "Lineamenta" de la XII Asamblea General Ordinaria, que se celebrará en el Vaticano del 5 al 26 de octubre de 2008, sobre el tema: "La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia".

⁴ F. CONTRERAS MOLINA, *Leer la Biblia como Palabra de Dios*, Estella 2007, 204-211.

Palabra (cf. 1 Tes 1,5-10). Pero esta Palabra siempre llega a nosotros de una forma humana y en un lenguaje humano.

Como dice la *Dei Verbum* “las palabras de Dios expresadas en lenguas humanas, se han hecho semejantes a la palabra humana, como en otro tiempo, el Verbo del Padre Eterno, habiendo tomado la debilidad de la naturaleza humana, se hizo semejante a los hombres” (DV III, 13)⁵.

El carácter auténticamente humano de la Sagrada Escritura, ya por sí solo, revela el profundo secreto de Dios. Dios ama a los hombres. Hablando en su lenguaje, Dios se comunica con ellos, se hace comprender de ellos, y, al mismo tiempo, restituye al lenguaje humano su verdad.

2. *Así será mi palabra.... (Is 55, 11a)*

Hemos visto como la Palabra que Dios comunica a los hombres llega a nosotros a través del cauce del lenguaje humano, lenguaje que como dice Lázaro Carreter no es un residuo arqueológico fosilizado en diccionarios o gramáticas, sino un instrumento vivo que se forja continuamente con el uso cotidiano⁶.

Vamos a acercarnos a las funciones de la Palabra para luego ver brevemente su sentido y significado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

2.1. *Las tres funciones de la Palabra*⁷

La palabra humana es un misterio para el hombre, misterio que tiene su fuente en el mismo ser, en la interioridad. Por la palabra, sobre todo la dirigida al otro, el hombre se hace persona, penetra el sentido de las cosas, les da un nombre, las humaniza, las comunica. La palabra provoca así mismo, la escucha. En la biografía de la palabra entran el hablar y el escuchar.

Al hombre se le ha definido como animal que habla, según Heidegger⁸. Hablar, dar un nombre, es de alguna manera llamar a la existencia, sacar de la nada. Así pues, mediante la palabra, el hombre penetra en los entresijos del mundo y con ello realiza su interna inclinación a conocer, interpretar, profundizar, ordenar y destinar.

Mannucci⁹ nos propone tres funciones principales del lenguaje humano. Funciones que se entremezclan para dar mayor riqueza y profundidad a la Palabra. Saber distinguir y captar estas funciones, es decisivo para comprender la palabra de Dios en la Biblia.

⁵ El próximo Sínodo sobre la Palabra, esboza en sus *lineamenta* los objetivos de la asamblea entre los que destacan: “Favorecer el redescubrimiento, lleno de estupor, de la Palabra de Dios en el corazón mismo de la Iglesia, en la vida personal y comunitaria, en las culturas de los hombres”; “adorar, agradecer, meditar y anunciar a la Iglesia y a todos los pueblos el misterio grande de la Palabra como supremos don de Dios”.

⁶ F. LÁZARO CARRETER, *El Dardo en la Palabra*, Barcelona 1997.

⁷ V. MANNUCCI, *La Biblia como Palabra de Dios*, Bilbao 1997⁵.

⁸ Cf. M. HEIDEGGER, *In cammino verso il linguaggio*, Milán 1973, 189ss: “Según una tradición antigua, nosotros, y sólo nosotros, somos los seres que estamos preparados para hablar y, por ello, poseemos el lenguaje... la facultad que hace del hombre un hombre”.

⁹ Cf. V. MANNUCCI, V., o. c. 19-23.

La primera función está en relación con la naturaleza, el mundo y la historia, es la información. De las tres funciones de la palabra, ésta es la más objetiva y es la más apropiada a la ciencia, la didáctica y la historiografía. La palabra informa sobre hechos, cosas, sucesos, usando habitualmente un verbo en indicativo y en tercera persona.

La segunda función de la palabra está en relación con uno mismo y es la expresión. Toda persona al hablar se expresa, dice algo de sí, de su interioridad, de su mundo personal. Incluso cuando comunica o informa, de alguna manera, tiene que expresarse, poner en actividad su propio ser, arriesgarse a salir de sí y disponerse a desvelar, al menos algo, de su propia interioridad.

Finalmente, la tercera función está en relación con los demás, y es la llamada. La palabra humana, por su naturaleza, busca al otro, tiene la pasión del otro, ya que el hombre es relación: “No es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2,18). La palabra constituye el lazo de unión por excelencia entre el yo y el tú, como principio original de toda renovada comunión.

Así pues, la palabra, directa o indirectamente, es siempre llamada a otro y exige, por su misma naturaleza, una respuesta. En este sentido, la palabra personal posee una fuerza creativa: emociona, envuelve, libera.

En el lenguaje de la amistad y del amor es donde la triple función de la palabra, encuentra su más alta síntesis. Como dice S. Agustín: “Dos cosas son necesarias en este mundo: la vida y la amistad.”¹⁰

2.2. *Palabra de Dios en el Antiguo Testamento*

Al acercarnos al significado del término *palabra* en el Antiguo Testamento encontramos que el vocablo griego “logos” es el equivalente hebreo “dabar”¹¹. Dabar puede traducirse por palabra, informe, mandato, pero también cosa, asunto. Esta doble estructura de *dabar*, viene a decirnos que en la palabra siempre se contiene algo de la cosa, y que la cosa es accesible sólo por la palabra, con lo cual ésta no puede ser separada de su contenido, ni el contenido lo puede ser de la palabra.

En todo el antiguo oriente la palabra no posee una función indicativa de designar los objetos o cosas, ni es portadora de un contenido significativo. Más bien se entiende como un poder, que llega a repercutir en el dominio de lo espacial y de lo real, en forma de palabras mágicas o de conjuros, en palabras de bendición o de maldición: la maldición como palabra de mal agüero penetra como una fuerza destructora en aquello a lo que afecta y opera desde dentro, la aniquilación del mismo. Nos encontramos que la palabra posee un elemento dinámico.

Especialmente en Egipto, pero también en Asiría y en Babilonia, la palabra divina posee fuerza dinámica y una potencia creadora: en Egipto la fuerza de la creación y de la conservación del mundo son atribuidas a la palabra de los dioses. Según una inscripción de Menfis, Ptah, el dios creador, ejerce su actividad creadora con la ayuda “del corazón y de la lengua”, es decir, con su palabra¹². Israel, en cambio, conoce

¹⁰ *Sermón 229, D, 1*

¹¹ A. M. ARTOLA. – J. M. SÁNCHEZ CARO, *Biblia y Palabra de Dios*, Estella 1990, 27-56.

¹² “Ptah dio vida a todos los miembros de la Ennéada y al alma de cada uno de ellos. Cada uno de ellos vino a la existencia a través de los pensamientos de su corazón y de las palabras de su lengua... Los

solamente la palabra creadora de Dios, purificada de cualquier concepción mágica, y que se dirige continuamente al mundo y al hombre.

La expresión “palabra de Yahvé” se encuentra 241 veces en el AT¹³. Es en la época de la profecía donde dicho término se usa con mucha más frecuencia que en la época anterior y en la posterior.

El contenido de la proclamación profética es la palabra de Dios. De ella depende el destino de los pueblos; ella los condena o los salva. En los libros bíblicos hay dos tipos de fórmulas: a) las que constatan la llegada de la Palabra de Dios al profeta: “me vino la Palabra el Señor”, “me dijo el Señor” que aparecen en 233 ocasiones y b) las que aseguran que esa Palabra transmitida es Palabra de Dios: “así dice el Señor”, “oráculo del Señor”, “dice el Señor” (900 veces)¹⁴.

Queda claro que para el profeta era más importante señalar el origen divino de la palabra transmitida que su propia experiencia subjetiva de haber recibido la palabra. Como podemos observar para transmitir la Palabra de Dios los profetas utilizan diversos géneros literarios. Algunos son tomados de la sabiduría tribal y familiar¹⁵, del culto, del ámbito judicial o de la vida diaria.

También podemos encontrarnos géneros estrictamente proféticos, entre ellos merecen especial atención los oráculos de condena dirigidos a un individuo o contra una colectividad. El primero es vivo, directo, se pronuncia en presencia del interesado que escucha la sentencia; mientras que el colectivo es más literario, libre y extenso. Ambos constan de diversos elementos, son esenciales la denuncia del pecado y el anuncio del castigo: (1 Re 21,17ss), (Am 7, 16-17), pero también aparece la invitación a escuchar: “Escucha la Palabra de tu Señor” y la fórmula del mensajero: “así dice el Señor”.

2.3. Palabra de Dios en el Nuevo Testamento

La Palabra *lógos* aparece en el Nuevo Testamento 331 veces, en todos sus escritos a excepción de Filemón y Judas, y se encuentra tanto en sentido profano como en el teológico. Presenta distintos significados como afirmación, sentencia, orden, informe o noticia, pero también mensaje, enseñanza, palabra de la promesa, de la verdad, de la vida, Palabra de Jesucristo (Hch) o Jesús como la Palabra (en Jn 1)¹⁶.

La palabra de Jesús —su predicación y los signos con que la acompaña— aparece en los evangelios como una palabra reveladora, al estilo de los profetas, pero con una diferencia: no es la palabra de alguien que transmite un mensaje al pueblo en nombre de Dios, sino la palabra de alguien que habla por sí mismo (Jn 3,32), con autoridad para corregir la ley (Mt 5,21-48), perdonar los pecados (Lc 5,17-26), con poder sobre la naturaleza (Mt 8,23-37) y sobre los demonios (Mc 5,1-13).

pensamientos del corazón de Ptah y las palabras de la lengua de Ptah guían todos los pensamientos y todas las palabras de la Ennéada, todos los pensamientos y las palabras de los humanos, y toda la vida.” Cf. V. H. MATTHEWS.- D. C. BENJAMÍN, *Paralelos del Antiguo testamento*, Santander 2004, 4s.

¹³ B. KLAPPERT, “Palabra”, en L. COENEN, *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, Salamanca 1999, 254-275.

¹⁴ J. L. SICRE, *Profetismo en Israel*, Estella (Navarra) 1992, 109s.

¹⁵ Para esta clasificación sigo la expuesta por J.L. SICRE; *o.c.* 149-158.

¹⁶ B. KLAPPERT B., *o.c.*, 266s.

No es la suya una palabra más de las que Dios había dirigido a Israel, sino la palabra definitiva que anuncia la llegada del Reino (Mt 4,23). Jesús se distingue del Reino, pero a la vez se identifica con él. Por una parte, su acción está totalmente al servicio del Reino, actuando como mensajero que lo proclama con palabras y signos, y por otra es el enviado que lo realiza en su persona.

La autoridad de las palabras de Jesús se muestra en su llamada al seguimiento: Jesús les dijo: «Venid conmigo, y os haré llegar a ser pescadores de hombres.» (Mc 1, 17 ss; 2, 14). Esta llamada de Jesús, que llega a los hombres en medio de su tarea cotidiana y que no está ligada a condiciones previas, se da por la palabra efectiva de Jesús, que hace surgir la respuesta del hombre como algo incuestionable¹⁷.

La autoridad de su palabra se refleja, finalmente, en la reacción de los oyentes: o bien se escandalizan de la palabra de Jesús (Mc 10, 22; Mt 15, 12) o se admiran de sus palabras, “la gente se asombraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas” (Mt 7, 28 s) o intentan cazarlo con una pregunta (Mc 12, 13), porque en su palabra se transparenta su pretensión y el núcleo de su misión.

El evangelio de Juan, igual que los sinópticos (cf. Mc 4,14s; Lc 5,1) califica la predicación de Jesús de proclamación de la Palabra (de Dios): las palabras de Jesús son las del Padre, en las que se realiza su obra. Por consiguiente, el que oye las palabras de Jesús, oye la palabra de Dios, puesto que la palabra de Jesús es al mismo tiempo la palabra del Padre, por esto es palabra de salvación (Jn14, 24) y de verdad (Jn 17, 17), y por esto las palabras de Jesús dan la vida a los creyentes, pero traen consigo el juicio a los incrédulos (12, 47 s).

3. Una palabra que da vida

Lo específico de la vida humana es el hecho de que la misma vida se le ha dado al hombre no sólo para vivirla naturalmente, sino que le ha entregado para su construcción y realización. La lengua griega distingue entre *zwh*, vida a nivel biológico y *bi,oj*, vida orientada éticamente, como modo de vivir, más como una actitud vital¹⁸.

El israelita por vida entiende algo natural, de aquí abajo, de esta tierra o de este mundo, en su dimensión temporal, como los días que Yahvé, el Señor de la vida, ha regalado al hombre. Una vida larga es una bendición para aquel que ha obedecido a Dios: “Expiró, pues, Abrahán y murió en buena ancianidad, viejo y lleno de días, y fue a juntarse con su pueblo” (Gn 25,8) o como dice el cuarto mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre, como te lo ha mandado Yahvé tu Dios, para que se prolonguen tus días y seas feliz en la tierra que Yahvé tu Dios te da.”(Dt 5,16). La enfermedad, el odio, la enemistad, la soledad dan paso a que la muerte irrumpa en la esfera de la vida.

Pero la idea fundamental que recorre toda la historia de la salvación es que la vida brota dónde Dios está presente¹⁹. En los primeros capítulos del Génesis la actuación de Yahvé, según el autor bíblico, es el triunfo de la vida sobre el caos y la muerte. Para

¹⁷ J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos* vol I. Salamanca 2001.

¹⁸ Cf. H. G. LINK, “Vida” en L. COENEN, *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, Salamanca 1999, 798-799.

¹⁹ F. CASÁ, “¿Qué es la vida?”: *Revista Bíblica* 35 (1973) 319-336.

Israel la vida le viene de Dios en cuanto Dios de la historia y esto lo percibe el pueblo sobretodo en el Éxodo.

Serán los profetas quienes mostrarán que junto a la Ley, Dios tiene otros medios de dar vida: su soplo, su Espíritu, su Palabra. Es más, la vida surge incluso cuando todas las condiciones se manifiestan negativas. Ese es el caso de Ezequiel, en medio de un ambiente de desesperanza y muerte, el parece obsesionado por la vida, un claro ejemplo es el capítulo 37 con la visión de los huesos secos:

Sabréis que yo soy Yahvé cuando abra vuestras tumbas y os haga salir de vuestras tumbas, pueblo mío. Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestro suelo, y sabréis que yo, Yahvé, lo digo y lo hago, oráculo de Yahvé.» (Ez 13,11-14)

La palabra de Dios es para el profeta señal de vida, promesa de futuro. Dios volverá a establecer una nueva alianza con su pueblo y estará presente en medio de ellos.

Qoheleth nos presenta otro aspecto de la vida que es el sentido de la existencia. La vida no es un estar ahí sin más, sino un modo de asumirla.

Lo que fue, eso será;
lo que se hizo, eso se hará.
Nada nuevo hay bajo el sol. (Ecl 1,9)

El Nuevo Testamento sigue la misma línea que el Antiguo en el tema de la vida. Todo el cuarto evangelio gira en torno a esta idea: Dios nos da la vida por medio de su Hijo. El origen de toda vida es el Padre, y si el Hijo tiene vida o da la vida es por su comunión con el Padre. El conduce a los hombres al Hijo y nos invita a responder con Pedro: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna.” (Jn 6,68).

4. La palabra que da vida: ¿a quién va dirigida?

Ya hemos visto anteriormente como las expresiones: “me vino la Palabra del Señor”, “me dijo el Señor” indican que la Palabra de Dios viene a alguien y ese alguien se trata de personas concretas: “Después de estos sucesos fue dirigida la palabra de Yahvé a Abrán en visión. (Gn 15,1)”. Aunque en ocasiones, la voz del Señor parece enmudecer como en tiempos del sacerdote Elí: “Servía el niño Samuel a Yahvé a las órdenes de Elí; en aquel tiempo era rara la palabra de Yahvé.”(1 Sm 3,1) y continúa el texto: “Aún no conocía Samuel a Yahvé, pues no le había sido revelada la palabra de Yahvé.”(1 Sm 3,7). Parece que un requisito imprescindible para que el hombre conozca a Yahvé es que éste le revele su palabra. No se trata de un conocimiento teórico sino de una experiencia²⁰.

A lo largo de la historia del pueblo israelita la Palabra de Yahvé les fue dirigida de manera especial a los profetas. Ellos se sienten llamados por Dios a transmitir su palabra. Nadie como ellos tuvo en Israel conciencia tan clara de que era Dios quién les hablaba y de ser mensajeros del Señor.²¹

²⁰ Como dice el libro de Job 42,5: “Sólo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos”.

²¹ Cf J. L. SICRE, *o.c.* 109-112

En numerosas ocasiones la Palabra de Yahvé se convierte en una orden para el profeta, o bien su palabra se centra en actitudes que el pueblo debe cambiar o suprimir. En ocasiones, será una palabra de ánimo, que consuela en medio de las tristezas del presente y asegura un futuro mejor: “Oíd la palabra de Yahvé, naciones, y anunciad por las islas a lo lejos, y decid: “El que dispersó a Israel lo reunirá y lo guardará cual un pastor su hato.” (Jr 31,10)

Hay palabras personales dirigidas al profeta, y palabras que tienen por objeto a las naciones, los pueblos circundantes, a Israel. Palabras centradas en el presente, otras que vuelan al futuro lejano que ni siquiera hoy hemos alcanzado a ver.

Teniendo en cuenta la experiencia del profeta que vive el acontecimiento de la Palabra de Dios que atraviesa su vida, palabra que ha de ser transmitida y comunicada para que el pueblo y los hombres cambien de actitud y se conviertan, podemos establecer dos modos o tipos de palabra: de vocación y de misión

4.1. Palabra de vocación

La Palabra de Dios aparece en los profetas como palabra de vocación. En estos relatos la autoridad de la palabra profética se basa únicamente en la palabra de Dios que da una misión. Podemos encontrar dos formas de relato de vocación.

La primera forma como es el caso del profeta Jeremías (cf. Jer 1,4-10) se caracteriza por el encuentro personal entre Dios y la persona llamada. La palabra de Dios llega a Jeremías en un clima de conocimiento, elección y amor por parte de Yahvé.

4 Entonces me dirigió Yahvé la palabra en estos términos: 5 Antes de haberte formado yo en el vientre, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí. 6 Yo dije: « ¡Ah, Señor Yahvé! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho.» 7 Y me dijo Yahvé: No digas: «Soy un muchacho», pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. 8 No les tengas miedo, que contigo estoy para salvarte -oráculo de Yahvé-. 9 Entonces alargó Yahvé su mano y tocó mi boca. Y me dijo Yahvé: Mira que he puesto mis palabras en tu boca. 10 Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para perder y derrocar, para reconstruir y plantar.

Entre ambos se establece un dialogo donde el profeta no siente atracción por su vocación, apelando a su juventud se siente inmaduro e incapaz. Sin embargo, el Señor no admite excusas, lo ha elegido, lo ha nombrado y lo ha confirmado para la misión. Ésta queda ratificada con la mención de la boca: “pongo mi palabra en tu boca” (Jer 1, 9).

En la segunda forma se presenta bajo el signo de una visión, en la que la palabra que intima al profeta no le llega en el contexto de un diálogo personal con Dios, sino que es el resultado de una decisión tomada por Yahvé (Is 6; Ez 1 s). Esta claro la subordinación del elemento visionario a la palabra de vocación: la visión culmina en la audición, en la manifestación de la palabra de Dios

“...Y percibí la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré?, ¿y quién irá de parte nuestra? Dije: «Heme aquí: envíame.» (Is 6,1-9)

Tocar los labios supone para el profeta la purificación de toda su persona, está preparado para ser elegido por Dios y ser su enviado. Misión por otro lado de la cuál no se dice nada, ni se explica, pero para la cuál el profeta se ofrece. Hay una disponibilidad absoluta al servicio del Señor junto con la necesidad de ser enviado: *envíame*.

4.2. La palabra de envió o de misión

Uno de los distintivos más sorprendentes de la proclamación que los profetas hacen de la palabra es la fórmula de introducción “así habla Yahvé”, llamada “fórmula del mensajero”, que desde Eliseo hasta Malaquías es algo así como una constante dentro de los géneros usados por los profetas. Esta fórmula introductoria procede del lenguaje profano del envío de embajadores. La fórmula de los embajadores aparece ya en las cartas de Mari (s. XVIII a. C), las cuales nos hablan de profetas que, por encargo de Dios, deben transmitir al rey un mensaje. El paralelismo con los profetas de Israel puede verse en que se trata de hombres con la conciencia de haber recibido una misión, son hombres enviados, que transmiten un mensaje oral en momentos de crisis²².

La diferencia fundamental entre Mari y los profetas de Israel radica fundamentalmente en el contenido de su mensaje. El profeta del Antiguo Testamento no se conforma con logros externos sino que exige además una transformación interior. La misión de transmitir un mensaje de castigo si el pueblo no cambie de actitud y vuelve su corazón a Yahvé, supuso para el profeta vivir en constante amenaza.

5. La palabra que da vida: ¿Dónde tiene lugar?

La palabra de Dios no llega sólo de forma misteriosa, en el sueño y la visión nocturna. Dios habla a través de la vida en los hechos cotidianos, personas, acontecimientos, realidades importantes para el mundo y la mentalidad israelita. Proponemos algunos de los “lugares teológicos” dónde dicha Palabra se hace presente.

5.1. Creación

Hablamos aquí de una acción de Dios a través de su palabra. La historia de la salvación comienza con el relato de la creación en el libro del Génesis hasta que la Palabra de Dios conmueva el cielo y la tierra (Heb 12,25ss) y se cumpla (Ap 17,17).

La Palabra creadora o la Palabra que crea aparece en el AT en una tradición tardía. Crear es una acción propia de Dios a través de una llamada a los seres a la existencia: “Yo los llamo y todos se presentan.”(Sal 147,4) y un habla: “*Dijo Dios: “Haya luz, y hubo luz”*(Gn 1,3s). También la acción creadora de Dios se manifiesta como una intervención histórica con la liberación del pueblo en el destierro.

El cuerpo del relato del libro del Génesis (1-3) nos habla de las intervenciones de la Palabra de Dios²³. Apenas suena su Palabra se cumple lo que él dice y se realiza lo que ordena. Su Palabra hace nacer el cielo y la tierra, hace “grandes cosas” y las llama por su nombre. El mundo y las cosas logran su existencia por el llamamiento imperativo

²² L. ALONSO SCHÖKEL - J. L. SICRE DÍAZ, *Profetas*, I, Madrid 1987, 30s.

²³ J. LOZA, *Genesis 1-11*, Bilbao 2005.

de la Palabra de Dios. La existencia del cielo y la tierra y de todas las criaturas es el eco real de la Palabra de Dios, a la cual deben su origen y es en sí una alabanza. La alabanza es pues una respuesta a la Palabra de Dios:

¡Alabad a Yahvé desde el cielo,
... alabadlo en las alturas,
¡Alabadlo, sol y luna,
...alabadlo, estrellas lucientes,
Alaben ellos el nombre de Yahvé,
pues él lo ordenó y fueron creados;(Sal 148,1.3.5)

La última obra de Yahvé es la creación del ser humano. Si a los otros vivientes Dios los bendice con unas palabras (Gn1, 22), al hombre y a la mujer los bendice dirigiéndoles la palabra (v.28). El hombre es pues el único ser creado que puede recibir una mandato del Señor, no así los animales, y puede hablar con El. Este hablar con Dios es la máxima dignidad del ser humano²⁴.

En el Nuevo Testamento, será San Juan el que en su prólogo nos dice que la Palabra existía desde el principio: “Ella estaba en el principio junto a Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada Lo que se hizo en ella era la vida y la vida era la luz de los hombres.”(Jn 1, 2-4).

5.2. *Desierto*

Tal vez uno de los lugares privilegiados donde la Palabra de Dios resuena con mayor intensidad es el desierto. La experiencia del Éxodo, el tiempo del desierto, es para los autores bíblicos más que un recuerdo de hechos un tiempo ejemplar, paradigmático. De aquí que, teológicamente hablando, *midbar* sea un espacio diferente, el espacio donde resuena el *Dabar*, la Palabra de Dios²⁵.

Como dice Blenkinsopp²⁶: “el desierto evoca una fuerte respuesta emocional. Los que osan introducirse en él dejan atrás la seguridad de la vida sedentaria y entran dentro de una zona límite de peligro físico y espiritual...Sin embargo, para algunos profetas fue un tiempo de inocencia e intimidad con Dios una especie de utopía que se acabó cuando Israel sucumbió a las corruptoras influencias de la tierra fértil (p. ej. Os 2,16-17; 11,1-4; Jr 1,1-3)”.

El pueblo no fue al desierto por iniciativa propia sino que fue llevado por la Palabra de Yahvé. Es Dios quien toma la iniciativa: “Luego nos volvimos y partimos hacía el desierto, por el camino del mar de Suf, como Yahvé me había mandado. Durante muchos días anduvimos rodeando la montaña de Seír” (Dt 2,1).

Las crisis en el desierto se suceden sin interrupción para el pueblo liberado por Moisés y surgen las preguntas: ¿Hasta cuándo van a arrastrarse por una tierra inhóspita? ¿Cuándo llegarán a su destino?

El desierto se convierte en el lugar a dónde se encaminan, en los inicios de su misión los grandes personajes de la historia de la Salvación: Abraham tiene que cruzar

²⁴ J. LOZA VERA – R. DUARTE CASTILLO, *Introducción al Pentateuco. Génesis*, Estella 2007, 136s.

²⁵ C. SOLÉ, *El desierto a la luz de algunos textos bíblicos*, Bilbao 2006, 147-214.

²⁶ J. BLENKINSOPP, *El Pentateuco*, Estella 2001, 210-211.

el desierto para llegar a la tierra que su Dios le ha prometido. Moisés vive la experiencia de Dios en el Horeb y recibe la misión de conducir al pueblo por el desierto. Es en el Sinaí donde el pueblo recibe el don de la Torá. Después de los acontecimientos del Carmelo, Elías es llevado al desierto. Juan el Bautista aparece predicando un bautismo de conversión en el desierto y será el Espíritu quién conduzca a Jesús al desierto.

Cruzar el desierto no está exento de dificultades pero a Moisés el pueblo se lo puso difícil. Será en medio de las pruebas dónde experimenta a Dios como amigo: Yahvé hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo...”. El desierto es el lugar donde la Palabra de Dios exige del hombre vacío, soledad, fortaleza para ir descubriendo la gloria de Yahvé.

Algo similar nos narra el primer libro de los Reyes sobre el profeta **Elías**, hombre singular enfrentado a la reina Jezabel. En una época marcada por el sincretismo religioso, Elías pone en evidencia la inoperancia de los profetas de Baal y ordena su muerte. Después de estos sucesos tiene que huir y el espíritu lo conduce al desierto.

En el Horeb, el profeta se encuentra con Dios que entra en escena y le habla: “Sal y permanece de pie en el monte ante Yahvé (1 R 19,11a). Elías debe prepararse para el paso de Dios:

Entonces Yahvé pasó y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante Yahvé; pero en el huracán no estaba Yahvé Después del huracán, un terremoto; pero en el terremoto no estaba Yahvé. Después del terremoto, fuego, pero en el fuego no estaba Yahvé. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo, Elías cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva.

Después del fuego aparece una brisa suave que evoca intimidad, relación personal. Cuando las ideas del hombre, sus juicios y prejuicios callan, Dios puede hablar. Entonces su siervo se cubre con el manto y sale a la entrada de la cueva al encuentro de su Señor. Dios le da una nueva orden: ponerse en camino de nuevo hacia el desierto, en ese caso el desierto de Damasco. Es necesario un largo proceso para cambiar la imagen de Dios que tenemos y para que su palabra nos transforme hay que adentrarse aún más en el desierto y ponerse a la escucha²⁷.

5.3. *La Ley*

Otro lugar en el que sin duda resuenan la Palabra de Dios dada a Moisés es la Ley. Moisés transmite al pueblo “todas las palabras del Señor y todas sus normas” (Ex 24,3), las escribe (Ex 24,4), coge el libro de la alianza y lo lee en presencia del pueblo y éste responde a un: “Todo cuanto el Señor ha ordenado, nosotros lo haremos”.

Según el Antiguo testamento, la Torá de Moisés (Jos 8,31) es la Ley de Dios (Ex 13,9) que fue dada en herencia a los hijos de Jacob (Dt 33,4) para hacer de ellos un reino de sacerdotes y una nación santa (Ex 19,6)²⁸.

La ley está en íntima relación con la alianza. Cuando mediante la alianza constituye Dios a Israel en su pueblo particular, añade a esta elección unas promesas

²⁷ P. BUIS, *El Libro de los Reyes*, Estella 1995.

²⁸ A. RODRÍGUEZ CARMONA, *La Religión Judía*, Madrid 2001, 379-392.

cuya realización dominará la historia subsiguiente (Ex 23,22-33; Lev 26,3-13; Dt 28, 1-14). Pero también pone condiciones: Israel habrá de obedecer a su voz y observar sus prescripciones, de lo contrario caerán sobre él las maldiciones divinas: “Si le obedeces fielmente y haces todo lo que yo diga, tus enemigos serán mis enemigos y tus adversarios mis adversarios.” (Éx 23,21ss). Pero si desoyes la voz de Yahvé tu Dios, y no cuidas de practicar todos sus mandamientos y sus preceptos, que yo te prescribo hoy, te sobrevendrán y te alcanzarán todas las maldiciones siguientes...” (Dt 28,15-68).

Las mismas exigencias, por duras que parezcan, son en realidad una gracia, pues tienden a hacer de Israel el pueblo sabio por excelencia (Dt 4, 5-8) y a ponerlo en comunión con la voluntad de Dios. Este nexo de la ley con la alianza explica que en Israel no haya otra ley más que la de Moisés: “Yahvé realiza obras de justicia y otorga el derecho al oprimido, manifestó a Moisés sus caminos, a los hijos de Israel sus hazañas.” (Sal 103,7).

Con el tiempo la Torá fue desarrollándose. El Decálogo (Éx 20,1-17) y el Código de la alianza (Éx 20,22-23,33) son reinterpretados y ampliados por el Deuteronomio (Dt -5,2-21; 12-28) que muestra en el amor de Yahvé, el primer mandamiento al que se reducen todos los demás (6,49). El código de santidad (Lev 17-26) intenta otra síntesis cuyo motivo central es la imitación del Dios santo (19,1).

Las reformas sucesivas realizadas por los reyes (1 Re 15,12ss; 2Re 18,3-6; 22,1-23,25), la obra final de Esdras, en relación probable con la fijación definitiva del Pentateuco, no hace sino consagrar el valor y la autoridad de esta ley tradicional (cf. Esd 7,1-26; Neh 8), cuyas bases y cuya orientación esencial habían sido fijadas por Moisés.

Después de Esdras la comunidad de Israel pone definitivamente la Torá en el centro de su vida. Mediante la lectura y la escucha de la Ley, Israel se sitúa con una fe obediente, frente a la misma Palabra de Dios. Cuando la Torá toma la extensión literaria del Pentateuco, el pueblo entrará en contacto con ella a través de la lectura oyente de la misma²⁹.

5.4. *Las Mujeres*

El cuarto lugar “teológico” que proponemos no se trata de una acción, ni de un lugar geográfico ni de unas normas que hay que cumplir. Se trata más bien de unos personajes que a pesar de su condición femenina recibieron la palabra de Dios en un contexto de novedad y sorpresa.

Hubo en Israel una serie de mujeres que recibieron el calificativo de profetas, “profetisas” y nos sirven de ejemplo como oyentes de una palabra dirigida a ellas también a ellas.

5.4.1. *Débora*

La primera de ellas es Débora³⁰ presentada como profetisa, mujer de Lapidot, juez en Israel y administradora de Justicia. Esta mujer a la que se le atribuyen funciones propias de un hombre, se sentaba bajo una palmera, dónde tenía su tribunal y los

²⁹ V. MANNUCCI, *La Biblia como Palabra de Dios*, Bilbao 1997, 109s.

³⁰ M. NAVARRO PUERTO, *Guía Espiritual del Antiguo testamento. Los libros de Josué, Jueces y Rut*. Barcelona 1995.

israelitas acudían a ella para que dirimiera sus asuntos. En un momento, manda llamar a Barac, jefe militar, para recordarle la orden de Yahvé de reclutar hombres y entrar en la batalla contra Sísara que el Señor se lo va a entregar. Barac pide a Débora que vaya con él a la contienda. Hecho singular e insólito por parte de un guerrero, pedir a una mujer que le acompañe al campo de batalla e incluso desistir del combate si ella rehúsa acompañarle. La respuesta de Débora es afirmativa, lo que el Señor ordena hay que cumplirlo, pero Yahvé entregará a Sísara en manos de una mujer: Yael, esposa de Heber el quenita³¹. A la muerte de Sísara, Débora y Barac entonan un cántico:

¡Despierta, Débora, despierta!
¡Despierta, despierta, entona un cantar!
¡Ánimo! ¡Arriba, Barac!
¡Aprésala a los que te apresaron, hijo de Abinoán!
(Ju 5,12)

El despertar de Débora lleva a levantar y a cantar a todo Israel. Quien vence de verdad es la Palabra de Dios que se cumple. En el papel de profetisa., Débora crea un espacio de diálogo en su tarea de Juez. Ella anima y conciencia con su palabra, canta e invita a cantar, interviene en la vida política de Israel y Dios le confía el destino de su Pueblo.

Débora forma parte de una historia dónde el protagonismo femenino cobra mayor intensidad. Ella surge como el sol para iluminar a Israel por la capacidad de escuchar la Palabra de Dios, y llevarla a la práctica.

5.4.2. *Julda*

Otra mujer profetisa de la cuál tenemos noticias por el segundo libro de los Reyes (22,8-10 y 22,14-20) y segundo libro de las Crónicas (34,2-28) es Julda.

Jilquías y los enviados del rey fueron donde la profetisa Juldá, mujer de Salún, hijo de Tocat, hijo de Jásrá, encargado del vestuario. Vivía ella en Jerusalén, en el Barrio Nuevo. Y ellos le hablaron conforme a lo indicado. Ella les respondió: «Así habla Yahvé, el Dios de Israel: Decid al hombre que os ha enviado a mí: Así habla Yahvé: Voy a traer el desastre sobre este lugar y sobre sus habitantes; todas las maldiciones escritas en el rollo que se ha leído delante del rey de Judá; porque ellos me han abandonado y han quemado incienso a otros dioses, irritándome con todas las obras de sus manos; arde mi cólera contra este lugar y ya no se apagará.(2 Cr 34,22-25).

Después del descubrimiento en el Templo del libro de la Ley, el rey Josías ordena al sacerdote Jilquías “Id a consultar a Yahvé por mí y por el pueblo y por todo Judá a propósito de las palabras de este rollo que se ha encontrado ” (2 R 22,13). Ellos van a consultar a Julda, aunque en este tiempo había otro profeta de renombre en Jerusalén, Jeremías. Ella habla palabra de Yahvé y su mensaje es el anuncio del desastre que va a sufrir el pueblo a causa de la idolatría.

³¹ Puede leerse sobre el tema: I. GÓMEZ ACEBO, “Débora y Yael”: *Vida Nueva*, 2249, pp. 21-27, Septiembre de 2000.

Julda aparece como una mujer, reconocida como profetisa por el rey, los sacerdotes, el pueblo. Todos suponen que Yahvé habla por su boca. Junto con Débora serán las dos mujeres que aparecen como profetisas en el Antiguo Testamento.³²

En el Nuevo testamento nos encontramos en el libro de los Hechos 21,8-9 con la escueta noticia de que las hijas de Felipe profetizaban: “Al siguiente partimos y llegamos a Cesarea; entramos en casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los Siete, y nos hospedamos en su casa. Tenía éste cuatro hijas vírgenes que profetizaban”. La palabra de Yahvé sigue teniendo eco y voz a través de sus profetas y profetisas.

6. La palabra que da vida: ¿Cómo es su palabra?

La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médulas; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón. (Hb 4,12). Para intentar responder a como es esa Palabra que Dios transmite a su pueblo y a sus profetas vamos a utilizar dos vocablos que pueden servirnos de síntesis para ello.

6.1. Salvación³³

No podemos quedarnos con la imagen que Dios habla para transmitir un mensaje de condena y castigo si el pueblo no obedece sus mandatos. El lenguaje y la palabra de Dios es primeramente un lenguaje de salvación y de amor. Cuando el pueblo entra en situación de crisis o desesperanza las palabras de Yahvé son reflejo de la cercanía y la esperanza que quiere infundir en el corazón del hombre. Dios cambia la situación del hombre, le ofrece una salvación radical que lo libera del corazón de piedra y le da un corazón nuevo. Esta salvación radical implica un dinamismo liberador, que lleva a la liberación de todo tipo de esclavitud.

Uno de los momentos más críticos en la historia del pueblo de Israel fue la época el exilio que comenzó con la destrucción de Jerusalén en el año 587 a.C. y se prolongó hasta el año 539 a.C. que coincide con la toma de Babilonia por parte de Ciro, rey de Persia.

Se va a producir en este momento una gran crisis de las instituciones y de las ideas teológicas: “No vemos nuestras enseñas, ya no tenemos profetas, nadie que sepa hasta cuándo” (Sal 74,9), dando paso a una crisis teológica, y en consecuencia una crisis de fe. Las promesas hechas por Yahvé a su pueblo Israel han sido desmentidas por la experiencia. El pueblo se siente defraudado y engañado por el Señor: « ¡Ay, Señor Yahvé! ¡Cómo embaucaste a este pueblo y a Jerusalén diciendo: ‘Paz tendréis’, y ha penetrado la espada hasta el alma!» (Jer 4,10)

El horizonte de la esperanza parece lejano. Sin embargo, la voz de Dios en el destierro, vuelve a escucharse a través de profetas, como Jeremías, Ezequiel y el segundo Isaías. Aparecen también un grupo de escritos: Lamentaciones, algunos

³² También María, hermana de Moisés es reconocida como profetisa: “*María, la profetisa, hermana de Aarón*”(Ex 15,20)

³³ D. NANNINI, “El exilio de Judá. Lectura teológica de una crisis histórica”: *Revista Bíblica* 67 (2005) 133-161.

Salmos, Deuteronomio, la historia deuteronomista, y los escritos de la tradición sacerdotal, dónde se irá abriendo el camino hacia la esperanza.

La historia deuteronomista interpreta teológicamente los acontecimientos históricos. El destierro es ante todo un castigo divino, el castigo de Yahvé por el pecado de su pueblo. Abandonaron al Señor su Dios, siguieron a otros dioses, se postraron ante ellos y los sirvieron. Pero la promesa de Dios sigue vigente: la destrucción del Templo y la derrota del descendiente de David es un castigo transitorio por el pecado.

Reconocer que Yahvé fue el autor de la catástrofe implica reconocer que es el Señor de la Historia. Sólo Dios puede cambiar esta historia de dolor, si quiere. La única esperanza de Israel: en el “quizás” de Dios³⁴. “Que se esté solo y silencioso, cuando el Señor se lo impone; que humille su boca en el polvo: quizá así quede esperanza.” (Lam 3,28-29).

Ezequiel anuncia a Israel el don de un “corazón nuevo” y un “espíritu nuevo”. Proclama la renovación interior del hombre y la posibilidad de una nueva relación con Yahvé. Será el segundo Isaías el que proclama un mensaje de consolación, porque Yahvé considera que ya se ha cumplido el castigo por su pecado. La salvación tiene el signo de la novedad, “Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: «Ya reina tu Dios»” (Is 52,7). Aunque el pueblo se resiste a aceptar la novedad del perdón divino y pide señales (Is 45,12).

La última palabra la tiene Dios, cuyo obrar va más allá de los méritos y recursos humanos. Dios es el Señor de la historia tanto para juzgar como para salvar.

6.2. Amor

Otra de las Palabras de Yahvé que más resuenan a lo largo de la Biblia es su lenguaje de amor y amistad para con su pueblo y sus amigos. La ternura de Dios se hizo palabra entrañable en la historia³⁵.

El amor ya en el Antiguo Testamento presenta muchos matices que se traduce en ayuda concreta al prójimo, al extranjero, al pobre, al huérfano, a la viuda y hasta el enemigo³⁶: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18b).

El término amar nace dentro del mundo político, en los pactos de vasallaje entre un rey frente a otro que regenta mayor poder. El amor en dicho contexto se concretiza en el servicio. El rey vasallo a través del pacto se comprometía a amar, le aseguraba su amor, al rey más poderoso. Amar, más que un sentimiento es servir, es dar. Amar al prójimo es ponerse a su disposición, preocuparse por él tanto como uno se ocupa de sí mismo.

Dios ama a todas las criaturas y a todos los hombres, pero sintió un amor especial por Israel y por Jerusalén, su ciudad. El cántico de amor de la viña ilustra con

³⁴ J. VERMEYLEN, *El Dios de la Promesa y el Dios de la Alianza*, Santander 1990, 219-298.

³⁵ Cf. E. ESTÉVEZ LÓPEZ, “La afectividad entrañable de Dios”: *Todos Uno* 160 (2004).

³⁶ Cf. M. CARDOZO, “El Amor en la Antigüedad Bíblica” *Revista Bíblica*, año 32-1070. p. 291-294.

imágenes concretas y elocuentes todas las atenciones y solicitudes del Señor por la casa de Israel (Is 5,1-7).

En el AT se le reserva un puesto muy importante al aspecto del amor ligado a la alianza, pero trascendiéndola, en cuanto que ese amor indica la misericordia del Señor con su pueblo aunque se trata de un pueblo de “dura cerviz” restablece su alianza. El es la única garantía de que será para siempre. Dios es el que guarda la alianza y la benevolencia “¡Señor, Dios grande y terrible, que mantienes la alianza y la fidelidad con los que te aman y cumplen tus mandamientos.”(Dn 9,4).

El amor es constitutivo de Yahvé «Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado (Ex 34,6-7). Por eso su amor se traduce en cuidado, protección y seguridad. Amor que da gratuitamente sin fijarse en los méritos, hazañas o grandezas del pueblo: No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahvé de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos (Dt 7,7) y generando a su vez un amor comprometido con él. El amor es una elección de Dios que implica la fidelidad, un amor que rompe los límites y barrera temporales: “Por el amor eterno de Yahvé a Israel, te ha puesto como rey para administrar derecho y justicia.”(1 Re 10,9). Dios garantiza que su misericordia y amor es eterno, es el suelo firme dónde puede construirse toda existencia.

Palabra de amor que exige del hombre cumplir la voluntad de Dios y guardar sus mandatos. Escuchar su voz y seguirla. Porque como nos recuerda Óseas, Yahvé sigue insistiendo:

Yo te desposaré conmigo para siempre;
te desposaré conmigo en justicia y en derecho,
en amor y en compasión,(Os 2,22)

Israel va tomando conciencia de que la vida con Dios es un diálogo de amor, que se dirige al corazón de cada uno. No sólo a la colectividad (Dt 4,7), sino a cada persona sobretodo al justo, al pobre y al pequeño (Sal 113, 5-9).

Sin embargo, la prueba suprema del amor de Dios a su pueblo es el envío de su Hijo al mundo para que llevase a cabo la obra redentora de la humanidad con su muerte en la cruz (Rom 5,8). Este amor de Dios se concretó en el don de la filiación divina: "Mirad qué gran amor nos ha dado el Padre al hacer que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos de verdad" (Jn 3,1) y Jesús pide que ese amor reine siempre y se manifieste continuamente dentro de su comunidad (Jn 17,26).

7. Conclusión

A lo largo de la historia Dios ha hablado a los hombres y sigue hablando al hombre de hoy. Tal vez la pregunta que tendríamos que hacernos es si estamos convencidos de ello. Romper el silencio sobre Dios en un mundo de tantas palabras vacías y huecas exige de nosotros ponernos a la escucha de la auténtica y verdadera Palabra. Ser testigos del Dios de la vida que irrumpe la nuestra y no desiste en el empeño de hacernos felices. Descubrir las huellas de su amor es la tarea del hombre y de la mujer que quiere oír y transmitir una Palabra de vida, que espera, tal vez, que el

Señor le diga: ¿hablamos? para poder nosotros responder: Señor solo tú tienes Palabras de vida eterna.